

de haber envenenado en Londres á un gran mulato que la habia abandonado despues de ser su amante. Pero aparentaba idolatrar á Mirza, y ésta habia conservado sobre el espíritu del nabab ese poder que da la costumbre.

Nawu no habia sido echada, á pesar de que los dos negros del nabab pretendian haberla visto verter algunas cosas diabólicas en el último vaso que habia bebido el mulato.

Al cabo de dos ó tres minutos se levantaron lentamente los ojos bajos de Nawu; sus miembros estaban inmóviles, pero sus pupilas, negras como el ébano, comenzaron á girar con vivacidad como si hubiese querido abarcar de una sola mirada toda la estension de la estancia.

Cuando este rápido exámen la hubo convencido de que estaba sola se dirigieron sus inquietas miradas hácia Blanca, dormida.

Los párpados de la niña estaban cerrados. Por esta parte estaba Nawu al abrigo de toda sorpresa.

Se levantó y llegó á la chimenea, cerca de la que se entibiaban dos cafeteras de plata; en una de ellas habia tisana para Blanca, en la otra agua para el té de Diana y Elena.

Nawu se acercó á la chimenea, reavivando el fuego.

Su fisonomía espresaba duda y piedad.

—Muy bellas son las dos jóvenes, murmuró, muy amables, y sus voces penetran hasta el corazon. Yo soy vieja y fea.

XI.

PRIMER GRITO.

Nawu, la criada de Mirza, habia permanecido sola á la cabeza del lecho de Blanca cuando las dos hijas del tio Juan dejaron la habitacion para ponerse á las órdenes del nabab.

Durante los primeros minutos que siguieron á la partida de las dos jóvenes, estuvo Nawu como de ordinario sentada en un sillón con los brazos tendidos y en actitud de la mas completa apatía.

Era una mujer de elevada estatura, que apenas podria tener cuarenta años, pero cuya cobriza piel estaba ya surcada de arrugas.

Los criados del palacio la temian. Acusábasela

Levantó la tapa de la cafetera que contenía agua.

—Y luego, murmuró frunciendo el entrecejo, su belleza hace verter lágrimas á mi señora.

—¡Pobre Mirza, cuán bella era antes de que las lágrimas hubiesen hundido sus ojos! Antes la amaban, ahora la desprecian.

Al hablar así acariciaba Nawu en el fondo de su bolsillo las monedas de oro.

—Sí, sí, replicaba, lo que hago es por mi buena ama. ¿Qué me importa este oro?

Sus ojos desmentían sus palabras.

Cuando hubo contemplado bien sus luises, los depositó en el bolsillo y sacó del seno una botellita de cristal.

Nawu había destapado la botellita.

Murmuraba mirando hervir el agua:

—Esto mata pronto; las jóvenes no sufrirán.

Ha cesado su incertidumbre.

Tendió la mano y vertió en el agua caliente la mitad del contenido del frasco.

En la habitación no se oía el ruido mas leve, y sin embargo, Nawu no estaba sola. Al salir Elena y Diana no se habían cuidado de cerrar la puerta, que permanecía entreabierta.

Si la penetrante mirada de Nawu se hubiese vuelto hacia esa parte, hubiera visto en el dintel una cabeza negra como el ébano, cuya boca, entreabierta por la admiración, mostraba dos hileras de dientes de una blancura deslumbrante.

Por lo demás, fué obra de un momento. Antes que Nawu hubiese escondido el frascito en su seno había desaparecido la cabeza del negro.

Seid decía detrás de la puerta:

—La misma agua que mató al mulato.

Nawu se acercó al lecho en que Blanca dormía.

Ocurrióle una reflexión. Podrían fijarse en ella las sospechas y en este caso la acusaba el frasco.

Atravesó la estancia sin ruido y entró en la habitación vecina, cuya ventana abrió para tirar fuera el resto del veneno; su ausencia no duró mas que un minuto. Cuando entró se había despertado ya Blanca temblando.

Y murmuraba con su voz débil, que apenas se oía, que había visto á un hombre negro atravesar la estancia á gatas, acercándose á la chimenea.

Nawu no comprendió ó no hizo caso; la habitación estaba desierta y las dos cafeteras en su sitio.

Algunos momentos despues volvieron Diana y Elena.

Parecían muy tristes y sus ojos conservaban las huellas de las lágrimas.

—Dejadnos solas, dijeron á Nawu; podeis ir á descansar.

Nawu no se apresuraba á obedecer. Daba vueltas en torno de la chimenea.

—No habeis tomado nada durante el dia, murmuró; ¿no quereis que os sirva una taza de té?

—Nos la serviremos nosotras mismas; marchad. Nawu salió.

Cuando hubo pasado la puerta se echaron llorando en brazos una de otra Elena y Diana.

Luego se sentaron las dos. Durante algunos instantes las hizo permanecer mudas el dolor.

—Hermana mía, dijo al fin Elena, ¿le dejaremos morir sin intentar al menos salvarle?

Diana movió la cabeza en silencio.

—No hemos pronunciado una palabra, prosiguió Elena, ni un signo, para detenerle en su resolución. ¡Y sin embargo, nos ama! Tal vez nos hubiera escuchado.

—Nos ha alejado, replicó Diana, porque teme nuestras súplicas y nuestras caricias.

—¡Y hemos obedecido sin resistencia! ¡Valor, hermana mía! ¡valor! ¡Oh! como ahora estuviese á su lado le habia de decir..... Me agarraría de su brazo y le diria que esa muerte que desea y llama es un crimen, porque estoy segura de que quiere matarse.

Diana tenia secos los ojos.

—¡Qué carazon tan noble! dijo. Dios no ha podido perdonar á los que le han faltado.

—¡Oh! ¡esa mujer y ese hombre! exclamó Elena..... ¡malditos sean!

Diana le oprimó el brazo.

—Calla, murmuró, no sea que por casualidad llares la cólera de Dios. Tal vez sean desgraciados los que maldices, hermana mía.

Elena la interrogó con la mirada, pero se bajaron los párpados de Diana.

—¡Cuán bueno y generoso es! prosiguió esta última despues de un momento de silencio; piensa en nosotros aun en este momento, en que se olvida de todo. Tienes razon, hermana mía; nos ha faltado el valor; pero ¿cómo hablarle? Contaba los minutos; teniamos que decirle tantas cosas; ¡no le habiamos dicho aun nada!

—Ni aun lo que gracias á su asistencia hemos hecho, replicó Elena. Hubiera querido hablarle de la Señora.

—Y de nuestro Angel, que estoy cierta le hubiera amado. Hubiera querido que hubiese visto á nuestra pobre Blanca.

—¡Oh! ¡es verdad! interrumpió Elena. Su voz tenia un acento de tristeza y pesar cuando pronunció los nombres de Enrique y Roger. Mas de diez veces he estado para hacerle una pregunta.

—Si era preciso acusar, contestó Diana, no hubiera querido respondernos.

Blanca se agitó débilmente en su sueño.

—¡Dios mio! continuó Elena. Tú, hermana mía, le amas como yo. Por cruel que fuese la herida de su corazon la hubiéramos curado á fuerza de ternura. Si hubiera querido venir con nosotras á Penhoel qué feliz hubiese sido en medio de toda aquella ventura, obra suya. ¿No me respondes, hermana mía?

—Sí, sí, dijo Diana con aire distraido; creo que hubiese sido muy feliz.

—¡Y ya no es tiempo, exclamó Elena, de intentar el último esfuerzo!

Me parece que en ese momento hubiera estado elocuente. Le hubiese dicho lo buena y santa que es la Señora, la angelical alma que tiene nuestra Blanca, lo dulce y venerable que es la ancianidad de nuestro padre! Le diría nuestros tranquilos goces de Bretaña, lo que echábamos de menos, lo que llorábamos, hermana mía, cuando estábamos solas en medio de este gran Paris.

Se detuvo, porque el Angel se agitaba mas. La descolorida boca de la pobre niña exhalaba quejas ahogadas.

—Sufre, murmuró Elena.

Diana parecia distraida para los dolores del Angel como para los sueños del porvenir de su herencia.

Su mano hizo sufrir una presion mas fuerte al brazo de esta última.

—¿Has mirado bien á Berry Montalt? preguntó de pronto.

—¿Por qué? balbuceó Elena admirada.

—¿Has advertido.... no sé si me engañaré; ¿has advertido una semejanza?

—Sí, interrumpió Elena vivamente, eso me ha llamado la atencion dos ó tres veces; pero es en vano que evoque mis recuerdos, porque no hallo la fisonomía.

—¿No recuerdas tú ya, interrumpió Diana á su vez, el tiempo en que era feliz Penhoel?

—¡Es verdad! dijo Elena abriendo desmesurados ojos; es verdad. Cuando me represento la sonrisa de Montalt me parece que veo sonreír á Penhoel.

La meditacion absorvia á Diana mas y mas.

—Es que aun hallo otra cosa, añadió con lentitud. Recuerda que en Bretaña nos decian con frecuencia que nuestro tio Luis habia amado á la Señora.

—¿Creerás? comenzó Elena.

—¿Y que la Señora le amaba, prosiguió Diana, cuyas miradas brillaban, y que Luis de Penhoel abandonó la Bretaña, porque su hermano René se moria de amor por la Señora?

—¡Oh! dijo Elena pálida de emocion, es verdad! Hermana mía, es preciso correr á echarnos á sus piés, á rogarle, á suplicarle.

Habia cogido el brazo á Diana, arrastrándola hácia la puerta.

Blanca lanzó un grito agudo; las dos jóvenes se detuvieron asustadas. Blanca se incorporaba en su lecho presa de las mayores convulsiones.

Diana y Elena la habian encontrado vestida en su lecho en casa de la marquesa de Urgel; pero una vez en el palacio del nabab, la habian desnudado para acostarla.

La mirada que entonces habian cambiado, y el súbito carmin de su frente habian manifestado su igual pensamiento.

Blanca estaba en cinta; no se podía dudar.

En cuanto á penetrar el fondo de ese extraño mis-

terio, que parecía acusar de una manera victoriosa á una niña hasta entonces inocente y pura como los ángeles, no lo habían logrado las dos hermanas, sin embargo de darse cada una para sí mil esplicaciones imposibles.

Antes de hablar de este asunto sentían abrasadas sus mejillas; cerrábanse sus ojos y dudaban salir de sus lábios las palabras.

Además, Nawu no había salido de la estancia y las dos hermanas no hubieran querido hablar delante de la criada.

Pero si no se habían comunicado sus pensamientos, no eran por esto menos semejantes.

Al grito de Blanca las sobrecogió el mismo terror.

Había llegado la hora; estaban allí solas, ignorantes y sin saber qué clase de socorros prestar á la enferma; ¡y estaba Blanca tan débil.

Sin embargo, no les ocurría la idea de llamar á nadie en su ayuda, porque en este primer momento de turbación no reflexionaban sobre su estado: el terror que se había apoderado de ellas de improviso las cegaba hasta cierto punto, no dejando hablar más que su instinto, que las gritaba que salvaran el honor de Penhoel.

Sin embargo, ¿qué esperaban? ¡Ay! Mucho les hubiera costado decirlo.

Tenían la vaga voluntad de ocultar al niño que sin duda iba á nacer.

¿De qué modo? Lo ignoraban.

Lo que no podían ignorar es que el nacimiento

de un niño suele poner en peligro la vida de la madre.

En torno del lecho del dolor son necesarios cuidados experimentados y la precisa ayuda de la ciencia.

¿Qué iba á suceder? Allí no se debía esperar más que la ayuda de Dios.

¡Y ay! si Dios cerraba los ojos á aquella estancia en que la vírgen ignorante sufría los primeros dolores asistida por dos vírgenes tan ignorantes como ella!

Blanca gritaba: sus quejidos desgarraban el corazón de Diana y Elena, que sin embargo permanecían inmóviles al otro extremo de la habitación. ¿Qué las detenía tan lejos de aquel lecho donde se realizaba un misterio que las asustaba?

Blanca no las veía y se juzgaba sola. Decía entre quejidos:

—¡Dios mio, tened piedad de mí! ¡Santa Virgen, vos que sabeis que soy inocente, no me dejéis morir sin socorro! ¡Oh madre mia, madre mia, si supieras lo que sufro!

El cansancio y la fatiga daban tregua un instante á su tormento.

Diana y Elena veían moverse sobre la almohada su hermosa cabeza rubia.

Estaba tan pálida que se la hubiera podido tomar por una muerta.

Cerrábanse sus ojos; sus grandes y rubios cabellos caían esparcidos sobre su frente y sus mejillas.

Cada vez que se calmaban los dolores volvía la duda á su conciencia de niña, donde no había mas que recuerdos puros.

—¡Estoy loca! ¡Las jóvenes como yo no son madres! ¡Dios mío, si debo morir, quitadme ese pensamiento que me impide orar!

Diana y Elena escuchaban estupefactas; no podían adivinar la increíble verdad, pero sus corazones no tenían necesidad de una certidumbre razonada. Hubieran jurado que Blanca era inocente.

Los momentos de tregua eran cortos. El Ángel de Penhoel comenzaba á sufrir su martirio. Las dos hijas del tío Juan se habían acercado poco á poco, encontrándose de pié junto al lecho.

Blanca abrió los ojos á medias. Una dulce sonrisa vagó por sus labios.

—¡Oh! gracias Virgen Santal me enviáis vuestros ángeles para socorrerme.

Cerráronse sus párpados.

Murmuró:

—¡Tal vez esté muerta, porque mis dos primas están en el cielo!

Elena y Diana lloraban.

Al cabo de un minuto de calma experimentó Blanca un violento estremecimiento, exhalando un grito agudo. Diana, á quien la emoción hacía sonreír sin embargo de llorar, recibió un niño en sus brazos.

Blanca no sufría ya: una rosada nube cubría su rostro.

Nawu lo había oído todo.

Conservaba su serenidad. El momento era mas favorable que nunca.

—Os pondreis malas, dijo, si no tomáis nada, y esa pobre señorita parece que no tiene gran necesidad de vosotras.

—Tomaremos lo que queráis, exclamaron á la vez Elena y Diana, que mecían en sus brazos al niño sucesivamente.

Nawu preparó dos tazas llenas de té. Al presentarlas á las jóvenes no temblaban sus manos.

Elena y Diana bebieron con placer y confianza, depositando luego al niño en manos de Nawu.

Habían cambiado una mirada.

Blanca parecía dormir; su presencia, pues, no era indispensable. Las dos se lanzaron al corredor para llegar á la habitación de Berry Montalt é intentar el esfuerzo retardado por la crisis de Blanca.

La estancia del nabab estaba desierta y su lecho deshecho, aunque no se hubiese levantado la colcha. Había debido descansar algunos momentos aunque sin desnudarse.

Eran poco mas de la cinco de la mañana.

Sola Nawu puso al niño á los piés de la cama.

—¡Qué bellas eran! dijo, como si las dos jóvenes hubiesen muerto ya.

Luego añadió, moviendo la cabeza:

—Aun les queda un cuarto de hora.

Salió de prisa, trasladándose á la última habitación del ala izquierda, que daba á las desiertas callejuelas.

Abrió la ventana; no se oía el menor ruido.

—¿Será que no estén aún? murmuró. Sin embargo, había prometido que á las cinco estaría hecho y me he retrasado diez minutos.

Encendió dos bujías y las colocó junto á la ventana.

Un grito lanzado con precaucion turbó el silencio de la noche.

—¡Allí están! dijo Nawu.



XII.

CINCO ESTOCADAS.

La gran péndola del almacenista de vino de la puerta de Orleans acababa de dar las seis menos cuarto; hacíase de día, silbaba el viento frío y seco entre los árboles despojados del bosque de Boloña.

Algunas carretas retrasadas bajaban aún la avenida de Neuilly, apresurándose para llegar á los mercados. El bosque estaba completamente desierto.

Hacia apenas algunos segundos que el reloj del almacenista habia dado la hora, cuando un elegante carruaje desembocó en la puerta de Orleans.